

ANNA LIDIA VEGA SEROVA

Anima fatua

bokeh ✱

© Anna Lidia Vega Serova, 2018
© Fotografía de cubierta: W Pérez Cino, 2018
© Bokeh, 2018

Leiden, NEDERLAND
www.bokehpress.com

ISBN 978-94-91515-34-7

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Liuba anda todo el tiempo haciéndonos tests mentales. Tiene que preparar las clases de la Universidad. Matvey y Fiodor están detrás de Liuba, pero ella está loca por Alexey. «No seas boba», le sugiere Tania, «ese tipo no vale la pena. Dice ser de sangre azul, pero yo estuve con él y te aseguro que es de sangre de urea...». Aun así Liuba se derrite nada más verlo, pese a que se acuesta con Matvey y Fiodor en días alternos. Matvey es hijo de un escritor bastante conocido; es gordo, de piel muy blanca y labios rojos y húmedos. Me resulta estúpido, cree conocer los secretos del Universo porque ha leído a Nietzsche y a Freud, autores difíciles de conseguir por los simples mortales, y maneja términos como «existencialismo» y «totalitarismo», el muy pedante. Su amigo Fiodor es igualito con dos diferencias sustanciales: primero, es un modelo de belleza de rizos rubios y ojos violeta, y segundo, además de ser estúpido, no ha leído a Freud ni a Nietzsche, ni tampoco la mitad de los libros contemplados en la metodología de educación media. Sin embargo, tiene una opinión acerca de cualquier tema, aunque crea que el existencialismo es una corriente de las artes. Tania, con todo su sarcasmo, asegura que en realidad es la cabeza de Fiodor la que está llena de corrientes, aunque siempre añade soñadora: «pero es tan bonito...». Ella, por su parte, sigue con Ósip, un muchacho de mi edad medio hippie, de largo pelo castaño, que usa un montón de adornos en el cuello y las muñecas, y habla en una jerga poco comprensible, contando historias sobre la hermandad de los hippies («el sistema») y los viajes en autostop y las comunidades que tienen en las zonas montañosas. Muchas veces noto las miradas lánguidas que Serguei le echa a Ósip, pero me parece que soy la única. Serguei, por supuesto, sigue

sodomizando sistemáticamente a Maxim, quien ha resultado ser un niño muy despierto, con un sentido del humor ácido y una mente muy sucia. Cuando se juntan él y Tania, no queda hueso sobre hueso. Serguei, sin embargo, lo cela histéricamente, sin ningún fundamento por cierto, y no por falta de gestión del niño; simplemente en materia de sexo nadie, salvo Serguei, lo toma en serio. Yo me dedico a limpiar, fregar y cocinar cuando pasan demasiados días sin que nadie lo haga.

«No te reconozco, querida Alfa, pareces otra persona», comenta Liuba, sacando los resultados de los tests mentales, mientras yo ando callada sacudiendo los muebles. Tania la escucha irónica, no dudo que soy a menudo el blanco de su sarcasmo inmoderado, pero en privado de muy buena fe me indica diversos modos de seducción para que los aplique a cualquiera de los varones disponibles. Me muestro como la que seguirá sus consejos sin perder un instante, pero no le hago ni el menor caso. Casi nunca sé lo que quiero en cada momento determinado, pero sí estoy muy clara de lo que no quiero. Y para nada quiero volver a acostarme con un hombre. Nunca más.

A menudo me pregunto qué hago en ese lugar, entre toda esa gente y de pronto me entretiene una conversación, un juego, una borrachera, y dejo que las cosas sigan su propio rumbo, si es que realmente existe un rumbo propio de las cosas.

Una mañana de esas raras en las que sólo estaban en casa Serguei y Maxim, durmiendo en el otro cuarto, Alia se miraba desnuda en el barniz del piano, por falta de espejo. «Tengo que aprender a amarme», se decía contemplando la silueta de su cuerpo. En ese momento vio detrás de su reflejo abrirse lentamente la puerta y cerrarse casi de inmediato. Cubriéndose con una bata, salió al pasillo y alcanzó a escuchar el picaporte de la habitación de Serguei. Se encogió de hombros, olvidando el asunto hasta el día siguiente, cuando Maxim le propuso acompañarlo a la iglesia. Maxim era uno de los pocos rusos que practicaba el catolicismo; todos los domingos asistía a la misa de las nueve y rezaba el rosario. Alia tomó la invitación como otro entretenimiento. Escuchó el mínimo técnico de comportamiento en el templo, y salió con el niño decidida a mostrarse como la más abnegada creyente. Sin embargo, para su sorpresa, apenas bajaron las escaleras del edificio, Maxim le pasó el brazo por la cintura y confesó que la iglesia no era más que un pretexto para escapar con ella. De todas las impresiones que la invadieron, Alia pescó la más fuerte y la exteriorizó. «Bueno», dijo, «en cualquier caso, no eres taaaan hombre...».

No obstante, fueron a la iglesia. Alia quería rezar, necesitaba tener un Dios, llenarse de cosas lindas y darle un poco de sentido al caos, aunque fuera un sentido ficticio. La iglesia era un lugar lindo con lindos ritos fáciles de cumplir, que creaban la ilusión de sentirse disculpada de todo. A la salida Alia se sintió linda por dentro y por fuera, la vida le pareció linda y coherente, hasta las personas tenían razón de ser. A su lado caminaba alguien, y ese alguien tenía razón de ser y era lindo. «Eso es amor», se dijo, y lo siguió a casa de un amigo suyo que

les brindó su cuarto para que hicieran el amor, y lo hicieron: Maxim, por primera vez en su vida con una mujer; Alia, por primera vez en su vida con ganas.

Luego comieron queso frito y turrónes árabes y crema batida con fresas, riendo como dos niños, como dos dioses, como dos animalitos que eran. Se echaban la crema encima y se la lamían mutuamente, se tocaban reconociendo y aprendiendo; resultaba divertido y fácil y no hacían falta palabras, ni sentimientos vestidos de palabras, ni especulaciones acerca del futuro, ni recuentos de un pasado cargado de experiencias.

Mi relación con Maxim comenzó por casualidad, ligera y descomprometida, como otro juego, al menos para nosotros dos. Causó sus trastornos entre los demás del grupo; Serguei tuvo un ataque de histeria, amenazó con envenenarse o cortarse las venas, nos botó de la casa, pero nos alcanzó antes de que bajáramos las escaleras, se arrodilló y le rogó a Maxim que no lo abandonara, nos hizo regresar, y nos regaló un juego de sábanas nuevas que tenía guardado bajo llave en su escaparate. A partir de entonces él mismo nos preparaba el desayuno y nos lo traía a la cama, nos servía de todas las formas posibles y nos hacía pequeños presentes, preservativos, por ejemplo, o ropa interior. Los otros se mantuvieron como en una función de teatro chino: la mayoría de las cosas que pasan en el escenario resultan ridículas por incomprensibles, pero curiosas y entretenidas. Algún tiempo fuimos el principal tema de conversación; Alexey me llamó aparte, y preguntó si acababa de volverme totalmente loca; Tania, en su forma mordaz de siempre, me aconsejó comprar pañales y biberones; Liuba me hizo dos o tres nuevos tests para averiguar cual sería la siguiente curva de mi mente retorcida; y nosotros dos nos limitábamos a encogernos de hombros y templar en todo lugar y momento aprovechables.

Estábamos explorando el sexo, el sexo puro, las infinitas combinaciones del goce, de deseos, de carnes, de fluidos. No pensábamos en otra cosa que en una nueva posición, no hablábamos de otra cosa que de una nueva posesión, no hacíamos otra cosa.

Yo, por mi parte, había encontrado por fin «el poder del vientre». Noté que los hombres en la calle me miraban con mayor deferencia, y sus miradas removían algo en mi interior, me

provocaban un cierto cosquilleo. Me sentía despierta del todo y completamente segura. Por otra parte tenía una necesidad impetuosa de seguir investigando, probar mis descubrimientos en otros especímenes, conocer el alcance de la nueva facultad.

La primera prueba la hice sin proponérmela conscientemente. Estaba en casa a solas con Matvey, bebíamos un brebaje alcohólico que trajo Serguei no sé de dónde, y conversábamos sobre una nueva teoría filosófica que supuestamente él elaboraba. De pronto sentí muchas ganas de que se callara, al menos por un rato, entrecerré los ojos y me quedé pensando en cómo sería templar con Matvey. Entonces él tuvo una especie de bache en su discurso, me miró con ojos húmedos y comenzó a ligarme de la misma manera que lo hacía todo: tediosamente. Lo interrumpí, me instalé sobre sus muslos y lo besé. Sus labios eran muy blandos y mojados, su piel era sosa, pero sentí con las nalgas su pene duro, un pene de verdad. Me levanté, le abrí el pantalón, se lo saqué y me senté encima, introduciéndomelo. Al instante todo cambió y pude comprobar lo que me había dicho Tania tiempo atrás: cuando te acuestas con un hombre, sientes que puedes hacer con él lo que se te antoje. Cualquier cosa.

Estuve acostándome con Matvey a espaldas de Maxim hasta que Matvey se marchó con Ósip (que desde hacía mucho nos estaba induciendo a un acercamiento con «el sistema») para un tal llamado hipturné, o sea, un viaje en autostop de los que acostumbran a hacer los hippies. Entonces decidí (y esta vez de forma muy calculada) probar suerte con Fiodor. Esperé a que Maxim y Serguei salieran para una exposición de esculturas primitivas, y ante los ojos estupefactos de Liuba y Tania me lo llevé a la cama después de hacer uso durante un rato de mi potencia femenina.

Ya tenía cierto material de comparación; advertí que Maxim, pese a su juventud, tenía un talento innato para el arte del sexo, una fantasía inagotable, mientras Matvey sólo repetía una y otra

vez el mismo ritual aprendido tal vez de alguna revista porno, y era imposible moverlo del punto muerto (cualquier intento de cambio llevaba al fracaso), y Fiodor, el bellissimo Fiodor con sus ojos violetas, resultó tener un espíritu muy deportivo: parecía estar en una carrera con obstáculos, donde los obstáculos eran desde los juegos preliminares hasta las caricias post-eyaculatorias, que se saltaba con ánimo de vencedor urgido por llegar a la meta.

Al regresar Matvey y Ósip, contando maravillas de las ciudades y los hippies de las ciudades y las carreteras, Liuba se marchó de viaje con Fiodor siguiendo el mismo recorrido: Moscú – Leningrado (al que le decíamos como los hippies: «Peter») – Tartu – Peter – Moscú. Maxim estaba loco por irse conmigo para cualquier parte en autostop, pero desgraciadamente no podía faltar a las clases de la escuela, sus padres eran muy estrictos en ese sentido. Comencé a abordar a Ósip, sin que Tania se diera cuenta, por supuesto, a ver si me llevaba de turné. Pero Tania, por supuesto, se dio cuenta, y a su manera de solucionar los problemas, me propuso hacer la gira con ella. Durante una semana estuvimos visitando diversas tusovkas (lugares de reunión de los hippies) de Moscú bajo el asesoramiento de Ósip, cambiamos nuestro look para asemejarnos a los del sistema, y una mañana bien temprano con los bolsillos llenos de direcciones partimos las dos hacia Peter.

LAS ENSEÑANZAS DE DON ÓSIP

Los hippies rusos de finales de los ochenta eran una tribu joven, silvestre y desenfadada que formaban una red a través de todas las grandes urbes del país. Florecían aquí y allá en torno a cafetines, en parques, en edificios deshabitados y en casas temporalmente libres de adultos, que llamaban «vpiska». Cuando un hippie no tenía dónde dormir, llegaba a la tusovka (lugar de confluencia), y preguntaba quién tenía vpiska para esa noche. Siempre aparecía otro hippie que le ofrecía refugio y alimento. Se comunicaban en un lenguaje propio donde mezclaban el ruso con palabras del inglés y la jerga carcelaria, llevaban una vestimenta peculiar entre gitana e indigente, les gustaban las flores, la hierba, los adornos de pequeñas cuentas plásticas (feñki), los Beatles, y creían en el amor, la paz y la libertad. Profesaban su fe lealmente, sin hipocresía, y tenían dos palabras claves: kaif y vlom. La primera significaba un estado límite de placer y la segunda era su antónimo. Cuando un hippie pronunciaba cualquiera de las dos, refiriéndose a su propio ánimo, y pedía que lo dejaran en paz, el resto lo dejaba en paz. Cuando un hippie solicitaba ayuda, la recibía.

Se llamaban los unos a los otros «madre» y «padre», se saludaban, aunque no se conocieran, al encontrarse en cualquier parte y distinguirse por los atavíos, con una «V» de Victory (los dedos índice y del medio levantados), se ofrecían «medicina» (droga), dinero y comida sin que se les pidiera, se regalaban los feñki cuando se caían bien, y hacían el amor la mayoría de las veces sin preguntar siquiera el nombre de la pareja.

Se dividían en viejos y pioneros. Los viejos rara vez iban a las tusovkas, consumían más droga y decían ser los hippies de verdad. Los pioneros se sentían más comprometidos con «el sistema» y con sus hipotéticos estatutos, y eran más promiscuos, más desprendidos, más peregrinos y más alegres.

Se buscaban la vida mendigando, vendiendo artesanías, trabajando de barrenderos o serenos (los viejos), o pasando sombrero luego de las hipsessions (una especie de shows performativos donde cada uno de los presentes hacía lo que sabía hacer más o menos bien: los trovadores cantaban, los pintores dibujaban en el asfalto, los poetas recitaban poesía, etcétera).

Existían comunas hippies, la más grande cerca de la ciudad de Riga, otras dos en los Cárpatos, y otra más pequeña en una zona del Cáucaso. Como en todas las comunidades de ese tipo, se alimentaban de lo que cosechaban, y en general llevaban un estilo de subsistencia bastante primitivo.

En su mayoría, provenían de familias con un nivel superior a la media en cultura y posición. La edad oscilaba aproximadamente entre los dieciséis y los veintiuno, y como regla todos regresaban a sus hogares después de un tiempo (conforme a las características propias de cada cual, aunque difícilmente superaba los 48 meses) para llevar una vida similar a la de los padres.

Casi nunca había enfrentamientos excesivos de las autoridades con los hippies, salvo en casos extremos como consumo de drogas en lugares públicos, por ejemplo. Se les veía más bien como a niños descarriados necesitados de un poco de diversión antes de afrontar la monótona vida de adultos; como lo que eran en realidad, quizás.

Las dos visten vaqueros, camisones anchos y sombreros de fieltro con cintas y flores. Cargan mochilas en las espaldas y bolsos pequeños en el cuello como los que se usan para guardar los papeles más importantes o el dinero. Sus brazos están llenos de pulsos hechos de cuentecitas multicolores. El pelo lo llevan suelto, a media espalda. Una es rubia y la otra trigueña, más o menos de la misma estatura, edad y complexión. Paradas en la carretera con los brazos extendidos en solicitud de un alma caritativa que las recoja, se asemejan a cantantes de una banda de folk-rock extranjera. Al primer camionero que finalmente las recoge le parecen dos chiquillas traviesas escapadas de su casa. («¿Y piensan llegar de este modo hasta Leningrado?»).

Con el segundo tienen más suerte: va hasta Leningrado. Detiene el carro a cada rato para comprarles golosinas en las cafeterías de los pueblos, les arregla la camilla detrás del asiento, y las manda a descansar. «Yo nunca tuve hijos», confiesa. Es georgiano, no habla mucho ni muy bien, y canta de vez en cuando a media voz las raras canciones de su tierra.

Nada parece suceder en realidad; el aire de aventura como sacado de una película del Oeste, el peculiar personaje del chofer y el paisaje bucólico tras la ventanilla hacen pensar en una ficción totalmente improbable. Es primavera, los árboles están llenos de flores blancas y rosadas, la hierba es de un verde artificial, y el viento huele a tierra, flores y delirios.

Al amanecer del día siguiente llegan a Peter.